

porta que vivan los demás?

AMA.-A Teobaldo mató Romeo, y éste anda desterrado.

JULIETA.- ¡Válgame Dios! ¿Conque Romeo derramó la sangre de Teobaldo? ¡Alma de sierpe, oculta bajo capa de flores! ¿Qué dragón tuvo jamás tanta espléndida gruta? Hermoso tirano, demonio angelical, cuervo -- con plumas de paloma, cordero rapaz como lobo, materia vil de forma celeste, santo maldito, honrado criminal, ¿en qué pensabas, naturaleza de los infiernos, cuando encerraste en el paraíso de ese cuerpo el alma de un condenado? ¿Por qué encuadernaste tan bellamente un libro de tan perversa lectura? ¿Cómo en tan magnífico palacio pudo habitar la traición y el dolor?

AMA.-Los hombres son todos unos. No hay en ellos verdad, ni fe, ni constancia. Malvados, pérfidos, trapaceros... ¿Dónde está mi escudero? Dame unas gotas de licor. Con tantas penas voy a envejecer antes de tiempo. ¡Qué afrenta para Romeo!

JULIETA.- ¡Maldita la lengua que tal palabra osó decir! En la noble cabeza de Romeo no es posible deshonor. En su frente reina el honor como soberano monarca. ¡Qué necia yo que antes decía mal de él!

AMA.-¿Cómo puedes disculpar al que mató a tu primo?

JULIETA.-¿Y cómo he de decir mal de quien es mi esposo? Mató a mi -- primo, porque si no, mi primo le hubiera matado a él. ¡Atrás, lágrimas mías, tributo que erradamente ofrecí al dolor, en vez de ofrecerle al gozo! Vive mi esposo, a quien querían dar muerte, y su matador yace por tierra. ¿A qué es el llanto? Pero creo haberte oído otra palabra que me angustia mucho más que la muerte de Teobaldo. En vano me esfuerzo por olvidarla. Ella pesa sobre mi conciencia, como puede pesar en el alma de un culpable el remordimiento. Tú dijiste que Teobaldo había sido muerto y Romeo desterrado. Esta palabra desterrado me pesa más que la muerte de diez mil Teobaldos. ¡No bastaba con la muerte de Teobaldo, o es que las penas se deleitan con la compañía y nunca vienen solas! ¿Por qué cuando dijiste: "ha muerto Teobaldo", no añadiste: "tu padre o tu madre, o los dos"? Aun entonces no hubiera sido mayor mi pena. ¡Pero decir: Romeo desterrado! Esta palabra basta a causar la muerte a mi padre y a mi madre, y a Romeo y a Julieta. "¡Desterrado Romeo!" Dime, ¿podrá encontrarse término o límite a la profundidad de este abismo? ¿Dónde están mi padre y mi madre? Dímelo.

AMA.-Llorando sobre el cadáver de Teobaldo. ¿Quieres que te acompañe allá?

JULIETA.-Ellos con su llanto enjugarán las heridas. Yo, entre tanto, lloraré por el destierro de Romeo. Toma tú esa escalera, a quien su ausencia priva de su dulce objeto. Ella debía haber sido camino para mi lecho nupcial. Pero yo moriré virgen y casada. ¡Adiós, escala de cuerda! ¡Adiós, nodriza! Me espera el tálamo de la muerte.

AMA.-Retírate a tu aposento. Voy a buscar a Romeo sin pérdida de -- tiempo. Está escondido en la celda de fray Lorenzo. Esta noche vendrá a verte.

JULIETA.- Dale en nombre mío esta sortija, y dile que quiero oír su -- postrera despedida.

ESCENA III

Celda de Fray Lorenzo

(FRAY LORENZO Y ROMEO)

FRAY LORENZO.- Ven, pobre Romeo. La desgracia se ha enamorado de tí y el dolor se ha desposado contigo.

ROMEO.- Decíme, padre. ¿Qué es lo que manda el Príncipe? ¿Hay alguna pena nueva que yo no haya sentido?

FRAY LORENZO.- Te traigo la sentencia del Príncipe.

ROMEO.- ¿Y cómo ha de ser si no es de muerte?

FRAY LORENZO.- No. Es algo menos dura. No es de muerte sino de destierro.

ROMEO.- ¡De destierro! Clemencia, padre. Decid de muerte. El -- destierro me infunde más temor que la muerte. No me habléis de destierro.

FRAY LORENZO.- Te manda salir de Verona, pero no temas: ancho es el mundo.

ROMEO.- Fuera de Verona no hay mundo, sino purgatorio, infierno y desesperación. Desterrarme de Verona es como desterrarme de la Tierra. Lo mismo da que digáis muerte que destierro. Con una hacha de oro cortáis mi cabeza, y luego os reís del golpe mortal.

FRAY LORENZO.- ¡Oh, qué negro pecado es la ingratitud!. Tu crimen merecía muerte, pero la indulgencia del Príncipe trueca la muerte en destierro, y aún no se lo agradeces.

ROMEO.- Tal clemencia es crueldad. El cielo está aquí donde -- vive Julieta. Un perro, un ratón, un gato pueden vivir en este cielo y verla. Sólo Romeo no puede. Más prez, más gloria, más felicidad tiene una mosca o un tábano inmundo que Romeo. Ellos pueden tocar aquella blanca y maravillosa mano de Julieta, o -- posarse en sus benditos labios, en esos labios tan llenos de -- virginal modestia que juzgan pecado el tocarse. No lo hará -- Romeo. Le mandan volar y tiene envidia a las moscas que vuelan. ¿Por qué decís que el destierro no es la muerte? ¿no tenéis algún veneno sutil, algún hierro aguzado que me diese la muerte más pronto que esa vil palabra "desterrado"? Eso es lo que en el infierno se dicen unos a otros los condenados. ¿Y -- tú, sacerdote, confesor mío y mi amigo mejor, eres el que vienes a matarme con esa palabra?

FRAY LORENZO.- Oye, joven loco y apasionado.

ROMEO.- ¿Vais a hablarme otra vez del destierro?

FRAY LORENZO.-Yo te daré tal filosofía que te sirva de escudo y vaya aliviándote.

ROMEO.-¡Destierro! ¡Filosofía! Si no basta para crear otra - Julieta, para arrancar un pueblo de su lugar, o para hacer variar de voluntad a un príncipe, no me sirve de nada, ni la quiero, ni os he de oír.

FRAY LORENZO.-¡Ah, hijo mío! Los locos no oyen.

ROMEO.-¿Y cómo han de oír, si los que están en su seso no tienen ojos?

FRAY LORENZO.-Te daré un buen consejo.

ROMEO.-No podéis hablar de lo que no sentís. Si fuerais joven, y recién casado con Julieta, y la adoraseis ciegamente como yo, y hubierais dado muerte a Teobaldo, y os desterrasen, os arrancaríais los cabellos al hablar, y os arrastraríais por el suelo como yo, midiendo vuestra sepultura. (Llaman dentro.)

FRAY LORENZO.-Llaman. Levántate y ocúltate, Romeo.

ROMEO.-No me levantaré. La nube de mis suspiros me ocultará de los que vengan.

FRAY LORENZO.-¿No oyes? ¿Quién va?... Levántate, Romeo, que te van a prender... Ya voy... Levántate. Pero, Dios mío, ¡qué terquedad, qué locura! Ya voy. ¿Quién llama? ¿Qué quiere decir -- esto?

AMA. (dentro).-Dejadme entrar. Traigo un recado de mi ama Julieta.

FRAY LORENZO.-Bien venida seas. (Entra el ama).

AMA.-Decidme, santo fraile. ¿Dónde está el esposo y señor de mi señora?

FRAY LORENZO.-Mírale ahí tendido en el suelo y apacentándose de sus lágrimas.

AMA.-Lo mismo está mi señora: enteramente igual.

FRAY LORENZO.-¡Funesto amor! ¡Suerte cruel!

AMA.-Lo mismo que él: llorar y gemir. Levantad, levantad del suelo: tened firmeza varonil. Por amor de ella, por amor de Julieta. Levantaos, y no lancéis tan desesperados ayes.

ROMEO.-Ama.

AMA.-Señor, la muerte lo acaba todo.

ROMEO.-Decías no sé qué de Julieta. ¿Qué es de ella? ¿No llama asesino a mí que manché con sangre la infancia de nuestra ventura? ¿Dónde está? ¿Qué dice?

AMA.-Nada, señor. Llorar y más llorar. Unas veces se recuesta en el lecho, otras se levanta, grita: "Teobaldo, Romeo", y vuelve a acostarse.

ROMEO.-Como si ese nombre fuera bala de arcabuz que la matase, como lo fue la infame mano de Romeo que mató a su pariente. Decidme, padre, ¿en qué parte de mi cuerpo está mi nombre? Decídmelo, porque quiero saquear su odiosa morada. (Saca el puñal.)

FRAY LORENZO.-Detén esa diestra homicida. ¿Eres hombre? Tu exterior dice que sí, pero tu llanto es de mujer, y tus acciones de bestia falta de libre albedrío. Horror -- me causas. Juro por mi santo hábito que yo te había creído de voluntad más firme. ¡Matarte después de haber matado a Teobaldo! y matar además a la dama que sólo vive -- por ti. Dime, ¿por qué maldices de tu linaje, y del cielo y de la tierra? ¿Todo lo vas a perder en un momento, y a deshonorar tu nombre y tu familia, y tu amor y tu -- juicio. Tienes un gran tesoro, tesoro de avaro, y no lo empleas en realzar tu persona, tu amor y tu ingenio. -- Ese tu noble apetito es figura de cera, falta de aliento viril. Tu amor es perjurio y juramento vacío, y profanación de lo que juraste, y tu entendimiento, que tanto -- realce daba a tu amor y a tu fortuna, es el que ciega y descamina a tus demás potencias, como soldado que se inflama con la misma pólvora que tiene, y perece víctima de su propia defensa. ¡Alienta, Romeo! Acuérdate que vive Julieta, por quien hace un momento hubieras dado la vida. Este es un consuelo. Teobaldo te buscaba para matarte, y le mataste tú. He aquí otro consuelo. La ley te condenaba a muerte, y la sentencia se conmutó en destierro. Otro consuelo más. Caen sobre ti las bendiciones, -- del cielo, y tú, como mujer liviana, recibes de mal rostro a la dicha que llama a tus puertas. Nunca favorece -- Dios a los ingratos. Vete a ver a tu esposa: sube por la escala, como lo dejamos convenido. Consuéla, y huye de su lado antes que amanezca. Irás a Mantua, y allí permanecerás hasta que se pueda divulgar tu casamiento, he -- chas las paces entre vuestras familias y aplacada la indignación del príncipe. Entonces volverás, mil veces más alegre que triste te vas ahora. Vete, nodriza. Mil recuerdos a tu ama. Haz que todos se recojan presto, lo -- cual será fácil por el disgusto de hoy. Dile que allá va Romeo.

AMA.-Toda la noche me estaría oyéndoos. ¡Qué gran cosa es el saber! Voy a animar a mi ama con vuestra venida.

ROMEO.-Sí: dile que se prepare a reñirme.

AMA.-Toma este anillo que ella me dio, y vete, que ya cierra la noche. (Vase)

ROMEO.-Ya renacen mis esperanzas.

FRAY LORENZO.-Adiós. No olvides lo que te he dicho. - Sal antes que amanezca, y si sales después, vete disfrazado; y a Mantua. Tendrás con frecuencia noticias mías, y sabrás todo lo que pueda interesarte. Adiós.- Dame la mano. Buenas noches.

ESCENA IV

Sala en casa de Capuleto
(CAPULETO, SU MUJER, el AMA y CRIADOS)

CAPULETO.-La reciente desgracia me ha impedido hablar con mi hija. Tanto ella como yo queríamos mucho a Teobaldo. Pero la muerte es forzosa. Ya es tarde para que esta noche nos veamos, y a fe mía os juro que si no fuera por vos, ya hace una hora que me habría acostado.

PARIS.-Ni es ésta ocasión de galanterías sino de duelo. Dad mis recuerdos a vuestra hija.

CAPULETO.-Paris, os prometo solemnemente la mano de mi hija. Creo que ella me obedecerá. Puedo asegurároslo. Esposa mía, antes de acostarte, ve a contarle el amor de Paris, y dile que el miércoles próximo...Pero, ¿qué día es hoy?

PARIS.-Lunes.

CAPULETO.-¡Lunes! Pues no puede ser el miércoles. Que sea el jueves. Dile que el jueves se casará con el conde. ¿Estáis contento? No tendremos fiesta. Sólo convidaré a los amigos íntimos, porque estando tan fresca la muerte de Teobaldo, el convidar a muchos parecería indicio de poco sentimiento. ¿Os parece bien el jueves?

PARIS.-¡Ojalá fuese mañana!

CAPULETO.Adelante, pues: que sea el jueves. Avisa a Julieta antes -- de acostarte. Adiós, amigo. Alumbradme. Voy a mi alcoba. Es tan tarde, que pronto amanecerá. Buenas noches.

ESCENA V

Galería cerca del cuarto de Julieta, con una ventana que da al jardín

(ROMEO Y JULIETA)

JULIETA.-¿Tan pronto te vas? Aún tarda el día. Es el canto del ruiseñor, no el de la alondra el que resuena. Todas las noches se posa a cantar en aquel granado. Es el ruiseñor, amado mío.

ROMEO.-Es la alondra que anuncia el alba; no es el ruiseñor. Mira, -- amada mía, cómo se van tiñendo las nubes del oriente con los colores de la aurora. Ya se apagan las antorchas de la noche. Ya se adelanta el día con rápido paso sobre las húmedas cimas de los montes. Tengo que partir, o si no, aquí me espera la muerte.

JULIETA.-No es ésa luz de la aurora. Te lo aseguro. Es un meteoro que desprende de su lumbre el Sol para guiarte en el camino de Mantua. -- Quédate. ¿Por qué te vas tan luego?

ROMEO.-¡Que me prendan, que me maten! Mandándolo tú, poco importa. Diré que aquella luz gris que allí veo no es la de la mañana, sino el pálido reflejo de la luna. Diré que no es el canto de la alondra el que resuena. Más quiero quedarme que partir. Ven, muerte, pues Julieta lo quiere. Amor mío, hablemos, que aún no amanece.

JULIETA.-Sí, vete, que es la alondra la que canta con voz áspera y -- destemplada. ¡Y dicen que son armoniosos sus sonos, cuando a nosotros viene a separarnos! Dicen que cambia de ojos como el sapo. ¡Ojalá cambiara de voz! Maldita ella que me aparta de tus atractivos. Vete, que cada vez se clarea más la luz.

ROMEO.-¿Has dicho la luz? No, sino las tinieblas de nuestro destino. (Entra el ama.)

AMA.-¡Julieta!

JULIETA.-¡Ama!

AMA.-Tu madre viene. Ya amanece. Prepárate y no te descuides.

ROMEO.-¡Un beso! ¡Adiós, y me voy! (Vase por la escala.)

JULIETA.-¿Te vas? Mi señor, mi dulce dueño, dame nuevas de ti todos -- los días, a cada instante. Tan pesados corren los días infelices, que temo envejecer antes de tornar a ver a mi Romeo.

ROMEO.-Adiós. Te mandaré noticias mías y mi bendición por todos los me días que yo alcance.

JULIETA.-¿Crees que volveremos a vernos?

ROMEO.-Sí, y que en dulces coloquios de amor recordaremos nuestras angustias de ahora.

JULIETA.-¡Válgame Dios! ¡Qué présaga tristeza la mía! Parece que te -- veo difunto sobre un catafalco. Aquél es tu cuerpo, o me engañan los ojos.

ROMEO.-Pues también a ti te ven los míos pálida y ensangrentada. ¡Adiós, adiós! (Vase.)

JULIETA.-¡Oh, fortuna! te llaman mudable: a mi amante fiel poco le importan tus mudanzas. Sé mudable en buena hora, y así no le detendrás - y me le restituirás luego.

SEÑORA DE CAPULETO (dentro).- Hija, ¿estás despierta?

JULIETA.-¿Quién me llama? Madre, ¿estás despierta todavía o te levantas ahora? ¿Qué novedad te trae a mí? (Entra la señora de Capuleto.)

SEÑORA DE CAPULETO.-¿Qué es esto, Julieta?

JULIETA.-Estoy mala.

SEÑORA DE CAPULETO.-¿Todavía lloras la muerte de tu primo? ¿Crees que tus lágrimas pueden devolverle la vida? Vana esperanza. Cesen tu llanto, que aunque es signo de amor, parece locura.

JULIETA.-Dejadme llorar tan dura suerte.

SEÑORA DE CAPULETO.-Eso es llorar la pérdida y no al amigo.

JULIETA.- Llorando la pérdida, lloro también al amigo.

SEÑORA DE CAPULETO.-Más que por el muerto ¿lloras por ese infame-- que le ha matado?

JULIETA.-¿Qué infame, madre?

SEÑORA DE CAPULETO.-Romeo.

JULIETA.(aparte).-¡Cuánta distancia hay entre él y un infame! (Alto.) Dios le perdona como le perdono yo, aunque nadie me ha angustiado -- tanto como él.

SEÑORA DE CAPULETO.-Eso será porque todavía vive el asesino.

JULIETA.-Sí, y donde mi venganza no puede alcanzarle. Yo quisiera vengar a mi primo.

SEÑORA DE CAPULETO.-Ya nos vengaremos. No llores. Yo encargué a uno de Mantua, donde ese vil ha sido desterrado, que le envenenen con alguna mortífera droga. Entonces irá a hacer compañía a Teobaldo, y tú quedarás contenta y vengada.

JULIETA.-Satisfecha no estaré, mientras no vea a Romeo...muerto... -- Señora, si hallas alguno que se comprometa a darle el tósigo, yo misma le prepararé, y así que lo reciba Romeo, podrá dormir tranquilo. -- Hasta su nombre me es odioso cuando no le tengo cerca, para vengar en él la sangre de mi primo.

SEÑORA DE CAPULETO.-Busca tú el modo de preparar el tósigo, mientras yo busco a quien ha de administrárselo. Ahora oye tú una noticia agradable.

JULIETA.-¡Buena ocasión para gratas nuevas! ¿Y cuál es, señora?

SEÑORA DE CAPULETO.-Hija, tu padre es tan bueno que, deseando consolar te, te prepara un día de felicidad que ni tú ni yo esperábamos.

JULIETA.-¿Y qué día es ése?

SEÑORA DE CAPULETO.-Pues es que el jueves por la mañana, temprano, el conde Paris, ese gallardo y discreto caballero, se desposará contigo en la iglesia de San Pedro.

JULIETA.-Pues te juro por la iglesia de San Pedro, y por san Pedro -- purísimo, que no se desposará. ¿A qué es tanta prisa? ¿Casarme con él cuando todavía no me ha hablado de amor? Decid a mi padre, señora, -- que todavía no quiero casarme. Cuando lo haga, con juramento os digo que antes será mi esposo Romeo, a quien aborrezco, que Paris. ¡Vaya -- una noticia que me traéis!

SEÑORA DE CAPULETO.-Aquí viene tu padre. Díselo tū, y verás cómo no le agrada. (Entran Capuleto y el ama.)

CAPULETO.-A la puesta del sol cae el rocío, pero cuando muere el hijo de mi hermano, cae la lluvia a torrentes. ¿Aún no ha acabado el aguacero, niña? Tu débil cuerpo es nave y mar y viento. - En tus ojos hay marea de lágrimas, y en ese mar navega la barca de tus ansias, y tus suspiros son el viento que la impele. Dime, esposa, ¿has cumplido ya mis órdenes?

SEÑORA DE CAPULETO.-Sí, pero no lo agradece. ¡Insensata! Con su sepulcro debía casarse.

CAPULETO.-¿Eh? ¿Qué es eso, esposa mía? ¿Qué es eso de no querer y no agradecer? ¿Pues no la enorgullece el que la hayamos encontrado para esposo un tan noble caballero?

JULIETA.-¿Enorgullecerme? No... agradecer, sí. ¿Quién ha de estar orgullosa de lo que aborrece? pero siempre se agradece la buena voluntad, hasta cuando nos ofrece lo que odiamos.

CAPULETO.-¡Qué retóricas son ésas! ¡Enorgullecerse! "...Sí y no". ¡Agradecer y no agradecer!" ...Nada de agradecimientos ni de orgullo, señorita. Prepárate a ir por tus pies el jueves próximo a la iglesia de San Pedro a casarte con Paris, o si no, te llevo arrastrando en un zarzo, histérica, nerviosa, pálida, necia!

SEÑORA DE CAPULETO.-¿Estás en ti? Cállate.

JULIETA.-Padre mío, de rodillas os pido que me escuchéis una palabra sola.

CAPULETO.-¡Escucharte! ¡Necia, malvada! Oye, el jueves irás a San Pedro, o no me volverás a mirar la cara. No me supliques ni me digas una palabra más. El pulso me tiembla. Esposa mía, yo siempre creí que era poca bendición de Dios el tener una hija sola, pero ahora veo que es una maldición, y que aun ésta sobra.

AMA.-¡Dios sea con ella! No la maltratéis, señor.

CAPULETO.-¿Y por qué no, entremetida vieja? Cállate, y habla con tus iguales.

AMA.-A nadie ofendo...no puede una hablar.

CAPULETO.-Calla, cigarrón, y vete a hablar con tus comadres, que aquí no metes baza.

SEÑORA DE CAPULETO. _Loco estás.

CAPULETO.-Loco, sí. De noche, de día, de mañana, de tarde, durmiendo, velando, solo y acompañado, en casa y en la calle, siempre fue mi empeño el casarla, y ahora que le encuentro un joven de gran familia, rico, gallardo, discreto, lleno de perfecciones, según dicen, contesta esta mocosa que no quiere casarse, que no puede amar, que es muy joven. Pues bien; te perdonaré si no te casas, pero no vivirás un momento aquí. Poco falta para el jueves. Piénsalo bien. Si consientes, te casarás con mi amigo. Si no, te ahorcarás, o irás pidiendo limosna, y te morirás de hambre por esas calles, sin que ninguno de los míos te socorra. Piénsalo bien, que yo cumplo siempre mis juramentos. (Vase.)

JULIETA.-¿Y no hay justicia en el cielo que conozca todo el abismo de mis males? No me dejes, madre. Dilatad un mes, una semana -- el casamiento, o si no, mi lecho nupcial será el sepulcro de Teo-

baldo.

SEÑORA DE CAPULETO.-Nada me digas, porque no he de responderte. Decídete como quieras. (Se va.)

JULIETA.-¡Válgame Dios! Ama mía, ¿qué haré? Mi esposo está en la tierra, mi fe en el cielo. ¿Y cómo ha de volver a la tierra mi fe, si mi esposo no la envía desde el cielo? Aconséjame, con suélame. ¡Infeliz de mí! ¿Por qué el cielo ha de emplear todos sus recursos contra un ser tan débil como yo? ¿Qué me dices? ¿Ni una palabra que me consuele?

AMA.-Sólo te diré una cosa. Romeo está desterrado, y puede apostarse doble contra sencillo a que no vuelve a verte, o vuelve ocultamente, en caso de volver. Lo mejor sería, pues, a mi juicio, que te casaras con el conde, que es mucho más gentil y discreto caballero que Romeo. Ni un águila tiene tan verdes y vivos ces ojos como Paris. Este segundo esposo te conviene más que el primero. Y además, al primero puedes darle por muerto. Para ti como si lo estuviera.

JULIETA.-¿Hablas con el alma?

AMA.-Con el alma, o maldita sea yo.

JULIETA.-Así sea.

AMA.-¿Por qué?

JULIETA.-Por nada. Buen consuelo me has dado. Vete, di a mi madre que he salido. Voy a confesarme con fray Lorenzo, por el enojo que he dado a mi padre.

AMA.-Obras con buen seso. (Vase.)

JULIETA.-¡Infame vieja! ¡Aborto de los infiernos! ¿Cuál es mayor pecado en ti: querer hacerme perjura, o mancillar con tu lengua al mismo a quien tantas veces pusiste por las nubes? Maldita sea yo si vuelvo a aconsejarme de ti. Sólo mi confesor me dará amparo y consuelo, a lo menos fuerzas para morir.